

BANDOLEROS EN OYARZUN

Por Luis de URANZU

Es posible que algún lector impresionable se conmueva al leer el título sensacionalista que encabeza estas líneas. Tranquilicémosle asegurando que la paz reina en el bucólico pueblo de Oyarzun y en sus cinco rientes barrios.

Mas si hoy podemos transitar apaciblemente por caminos vecinales y carreteras, no ocurría lo mismo antiguamente, cuando la calzada real pasaba por Oyarzun.

Extensos bosques cubrían su término municipal, uno de los más vastos de Guipúzcoa. Desgraciadamente, al amparo de aquellas salvajes espesuras, gentes que no eran precisamente de Oyarzun ejercían actividades reprobables, las mismas que dieron celebridad a Sierra Morena.

La zona peligrosa para el viajero comenzaba a la salida de las Ventas de Irún y terminaba poco después de Zamalbide, en la ruta de Astigarraga. Los salteadores no se limitaban a desvalijar a transeúntes de marca.

A veces, la sangre corría por un flaco botín, como aconteció el 11 de agosto de 1679. Los bandoleros atacaron ese día, en el castaño de Urrucenea, a tres infelices peregrinos borgoñeses que iban a Santiago de Compostela. Uno de ellos murió atravesado por una espada. Otro resultó gravemente herido y el tercero pudo huir a Irún y denunciar el crimen.

Al año siguiente, vista la escasa garantía que ofrecía el camino de Oyarzun y la intervención de los bandoleros en la importación de moneda falsa acuñada en Hendaya, iruneses y oyarzuarras decidieron ir unidos contra el enemigo común.

A principios del siglo XVIII, los malhechores amplían su campo de acción corriéndose hacia Navarra, y así vemos al Ayuntamiento de Lesaca pidiendo ayuda a Irún para capturar a los autores de «tantos robos y maldades». Pero el problema de seguridad adquiere tales proporciones, que para solucionarlo es necesaria la participación de cuantos pueblos lindan con aquella madriguera de indeseables. Entrevistáronse el 3 de febrero de 1721, en la casa solar de Aristi, los alcaldes de Rentería, Oyarzun y Fuenterrabía, llevando este último la representación de Pasajes de San Juan, Lezo e Irún.

En esta reunión se acordó que los vecinos más fuertes y ágiles de los citados pueblos se desplegaran por los montes, provistos de armas de fuego y garrotes para copar a los bandidos cobijados preferentemente en las proximidades de las peñas de Arkale y en el collado de Gainchurizqueta.

Estos ojeos municipales no debieron mostrarse muy eficaces por cuanto pocos años después la Diputación de Guipúzcoa recomienda a los alcaldes extremen la vigilancia y, para que la labor policíaca no quede descuidada, ordena que los pueblos en cuya jurisdicción se cometan los delitos sean los que paguen el importe de los hurtos.

Estas ordenanzas fueron dictadas en momentos en que el robo a mano armada parecía generalizarse por toda la provincia.

Un atraco que alcanzó gran resonancia e hizo que el nombre de Oyarzun fuera pronunciado con temor en ciertas esferas de París, fué el que se realizó el 24 de agosto de 1751. El correo francés Jean Lemmell, llevando un despacho urgente del rey Luis XV para el embajador de Francia en Madrid, pasó por Irún a medianoche. Poco más allá de Ugaldecho, dos bandoleros vestidos de soldados se colocaron en la mitad de la calzada. Lemmell, confiado, acortó la marcha y entonces surgieron otros cuatro que se hallaban ocultos. Fué derribado del caballo y despojado del dinero y de los importantes documentos.

Otra atrevida hazaña que llamó la atención general por la osadía que demostraron sus autores, se efectuó a raíz de la entrada en España de los Cien Mil Hijos de San Luis. Los pacíficos moradores de Oyarzun abrigaron un momento la esperanza de que el poderoso Ejército francés diera el golpe de gracia a tanto desmán, pero los acontecimientos se encargaron de sacarles de su error. A los bandoleros que operaban en Oyarzun no les intimidaban ni los cruzados de la Santa Alianza.

La víctima del atraco fue nada menos que el inspector de los servicios reunidos del Ejército del duque de Angulema. El coche-posta que lo conducía, y que no iría seguramente desprovisto de escolta, fué detenido a mitad de camino entre Oyarzun y Astigarraga.

Con este motivo cruzáronse comunicaciones entre el tercer Cuerpo de Ejército, que mandaba el príncipe Honenlone, y el capitán general de Guipúzcoa, en las que se reflejaba la gravedad del suceso.

No había que culparlo a motivos políticos, pues, una vez en poder de la bien repleta bolsa del inspector, los bandoleros de Oyarzun —en uno de aquellos gestos que caracterizaron años más tarde al «Tempranillo»— le aseguraron que nada tenía que temer y le invitaron cortésmente a que prosiguiese su viaje.

Telesforo Zapirain

CONTRATISTA

ALMACEN DE MATERIALES DE
CONSTRUCCION

Francisco Gazcue, 1
Teléfs. 61-84 y 62-54

RENTERIA